

La terrible historia de las hermanas satánicas: prostituían a niñas y las mataban cuando cumplían 25 años

24/11/2024



Cuatro hermanas

Formaban una familia con su mamá, Bernardina Valenzuela, y su padre, el alguacil Isidro Torres. Por los diferentes destinos de su padre, las hermanas tuvieron **dos hogares**, en San Francisco del Rincón, en el estado de Guanajuato, y en El Salto, una ciudad del estado de Jalisco. La mayor, María Defina, nació en 1909 y la menor, María de Jesús, en 1924. Las

del medio, María Luisa, a quien le decían “Eva”, en 1912, y María del Carmen en 1913.

Las hermanas no llevaban el apellido de su padre. Ellas dejaron de ser Torres a causa de una **historia infame**. Resulta que don Isidro era oficial de Los Rurales, un grupo informal de vigilantes creado por el **dictador mejicano Porfirio Díaz** para cuidar los caminos y darle seguridad a los pueblos y a las estancias. El gobierno jamás pudo convertir a Los Rurales en un cuerpo profesional y las consecuencias fueron catastróficas: abusos de los oficiales hacia la tropa, indisciplina generalizada, venganzas personales y bandolerismo, justamente aquello que debían prevenir o reprimir.

Isidro Torres se tomó la ley en sus manos, como otros de Los Rurales. Asesinaba sin más a los delincuentes que arrestaba. Era **verdugo** en varios sentidos; se encargaba de ejecutar a los partidarios de Pancho Villa (los “villistas”) que caían detenidos. Pero no solo eso. Violento con todos, les pegaba a su esposa y a sus hijas. A Carmen, por ejemplo, la encarceló arbitrariamente porque se había visto con un hombre mayor que ella. Isidro abandonó definitivamente la legalidad cuando mató por la espalda a un presunto ladrón, en realidad, un hacendado con el que tenía una rencilla.

Con su padre prófugo, su esposa y sus hijas dejaron de llamarse Torres. Isidro jamás volvió con los suyos.

Pánico a la pobreza

Se dice que Delfina Valenzuela le tenía pánico a la pobreza, nacida de las privaciones de su infancia. Una vez que se enteraron de que su padre murió, con la modesta herencia recibida ella abrió un negocio que le pareció seguro, un **lupanar**, en El Salto, al noreste del estado de Jalisco. Tal fue el éxito de este lugar que su propietaria decidió abrir una **sucursal** en Lagos de Moreno. Este otro emprendimiento no

era un burdel sino un hotel donde las parejas pagaban por noche para tener sexo.



Dos de «Las Poquianchis». Con un cigarrillo en la mano, María del Carmen, la menor.

Delfina era una mujer para quien la sumisión (forzada) de los otros no era explotación sino **ganancia**. Les ordenó a sus prostitutas que compraran en su propio almacén lo que necesitaran, es decir maquillaje, ropa, zapatos y hasta alimentos. Todo el dinero iba, en fin, hacia Delfina.

Las cosas le iban tan bien que pidió la ayuda a su hermana Carmen, que era versada en contabilidad. Carmen le sugirió que abandonara la clandestinidad y convirtiera sus locales en **negocios legales**, bares, y pague impuestos. Delfina le hizo caso. De tal manera, el burdel fue rebautizado “El Guadalajara de Noche” y se convirtió en uno de los más populares de la zona.

El Tepo

Las cosas iban de maravilla y tanta era la clientela que Delfina le pidió a su hijo, Ramón Torres González, al que le decían “El Tepo”, que le diera una mano. Este apodo tiene que ver con su inclinación a la bebida. “El Tepo” o “El Teporocho” es un mejicanismo que se refiere a la inclinación a beber infusiones de hojas de naranjo o canela con alcohol. Esta bebida, a inicios del siglo XX, se vendía en la calle por 8 centavos y por eso la expresión: “té por ocho”. El apodo se refería al **alcohólico maloliente** y por eso desguazado.

“Teporocho” hizo lo que era dable esperar de él: que las prostitutas no hicieran desmanes y que los clientes no se pasaran de la raya. También era su deber pagarle **coimas** a la Policía para que no metiera las narices allí, pues “El Guadalajara de Noche” de bar no tenía nada.

El “Teporocho”, con sus ganancias, comenzó a **contrabandear automóviles** estadounidenses. Tanto era el dinero que ganaba con este otro “negocio” que descuidó el primero. Y la policía, que no recibía oportunamente los sobornos del caso, se presentó un día en lo de Carmen y Delfina lista para cerrar el local. El “Teporocho”, entorpecido su entendimiento a causa del alcohol y la laxitud de una vida disipada, salió a enfrentar a los agentes con un fusil. Lo **acribillaron**. Su madre, Delfina, que vio cómo balearon a su hijo, se mantuvo firme. Después, mandó a sus hombres a buscar casa por casa a los agentes de la policía que le habían disparado a su hijo y **los hizo ejecutar**.

Delfina y Carmen **se fueron a Guanajuato**. Se reunieron con su hermana María de Jesús, la menor, que también se había dedicado a explotar prostitutas aunque con menos éxito que sus hermanas. El negocio de María de Jesús era distinto al de Delfina y Carmen. Ella utilizaba camiones para subir a varias prostitutas y las enviaba a los pueblos cercanos en una

especie de caravana sexual. Daban servicio a los interesados sea en casuchas, en el campo o en cualquier lugar que pudiera utilizarse.

En Guanajuato, todo era diferente

La ley permitía los prostíbulos. Su primer lupanar se llamó “La Barca de Oro” y después inauguraron otro, en San Francisco del Rincón, que volvieron a llamar “El Guadalajara de Noche”. Este último local había sido propiedad de un hombre al que le decían “El Poquianchis”. Este apodo pasó a Carmen y sus hermanas; entonces sus prostíbulos se conocieron popularmente como “lo de las Poquianchis”. A ninguna de las hermanas le gustaba ese sobrenombre, pero no tuvieron más remedio de soportarlo.



Algunas de las mujeres que eran obligadas a prostituirse en el burdel de «Las Poquianchis»

Cualquier irregularidad que las autoridades pudiesen detectar

en sus locales eran solucionadas rápidamente por medio del dinero o, también, de acercamientos íntimos: **las hermanas no tenían ningún reparo en acostarse con el comandante** de la zona o con sus subalternos, según la gravedad del problema.

La clientela no faltaba, al contrario. Soldados, policías, campesinos, trabajadores golondrina, iban permanentemente. Pero de golpe y porrazo las autoridades del estado de León decidieron **cerrar todos los lupanares**. “Las Poquianchis” solamente pudieron mantener abierto “El Guadalajara de Noche”. Eva, apodo de María Luisa, se fue a **Matamoros**, en la frontera con el estado de Texas, para abrir su propio burdel. Corría 1962. El local se llamó “La Piernuda”. Las hermanas de Eva le enviaban chicas para su prostíbulo.

Un cambio en el “negocio”

Mientras, Delfina, la mayor, les propuso a sus otras hermanas algunas ideas para “mejorar” sus prostíbulos. Compraron un rancho que transformaron en una especie de centro de operaciones. El sistema de “reclutamiento” de jovencitas se dirigió a las hijas de campesinos, **de 12 a 14 años**. Primero buscaban convencer a los padres de una mejor vida para sus hijas con la mentira de que trabajarían como asistentes en las mansiones de los potentados. Pero “Las Poquianchis” llevaban con ella a un grupo de **matones** que cuando veían solas a las nenas, las robaban.

Cuando el grupo de jovencitas llegaba al burdel, las desnudaban y las examinaban como si fueran caballos. Si “Las Poquianchis” consideraban que podían soportar atropellos permanentes, entonces daban autorización para que las violaran sus matones. Aquellas que se resistían o lloraban era golpeadas. Las propias hermanas las bañaban con agua helada, les daban vestidos, y un plato de porotos por día. Así las enviaban al salón donde estaban los clientes, que **buscaban a niñas cada vez más jovencitas**.



Estas mujeres —en la foto— son doce de las víctimas del horrendo caso de León, Guanajuato. Rescatadas por la policía de las garras de las hermanas González Valenzuela, han narrado hechos indescritibles de vicio y torturas.

Algunas de las mujeres que eran obligadas a prostituirse en el burdel de «Las Poquianchis»

Ninguna de las esclavas quería cumplir 25 años. Cuando les llegaba ese término, eran **consideradas “viejas”** y “Las Poquianchis” las entregaban al “Verdugo”, Salvador Estrada Bocanegra. Cuando caían en sus manos, Bocanegra las encerraba en una habitación y no les daba de comer ni de beber por varios días. Entraba en el cuarto solamente para **patearlas y pegarles trompadas** o con una tabla de madera que tenía un clavo en uno de sus extremos.

Cuando las mujeres ya no podían sostenerse en pie, “El Verdugo” **las enterraba vivas**. También las tirabas desde la terraza, o les aplicaba planchas calientes sobre el cuerpo o les destrozaba la cabeza a fierrazos, como le pintaba el momento.

Los motivos para matar a las chicas no se reducían a que cumplieran 25 años. Si alguna se enfermaba, estaba débil para atender a los clientes, quedaba embarazada o no le sonreía a

los hombres que iban al local, **las mataban sin más.** Los bebés que llegaban a nacer eran enterrados, salvo que algún cliente les pidiera una criatura para abusar de ella.

Carmen Valenzuela



Delfina Valenzuela



Eva Valenzuela



Maria de Jesus Valenzuela



Las hermanas Valenzuela.

Con las mujeres más requeridas, las hermanas Valenzuela tenían un trato preferencial. Ellas mismas se encargaban de practicarles el aborto a cambio que les limpiaran el lugar, les prepararan la comida y las atendieran en lo que ellas necesitaran.

Debido a la magnitud que había alcanzado el “negocio”, las Valenzuela decidieron darle una mano al “Verdugo” Bocanegra y contrataron a otros asesinos. Entre ellos Francisco Camarena García, Enrique Rodríguez Ramírez, Hermenegildo “El Aguila” Zuñiga, excapitán del ejército.

El sanatismo y el final

Siendo muy supersticiosas e ignorantes, hacia 1963 las Valenzuela quedaron convencidas que ganarían más dinero si incursionaban en el satanismo. Desde entonces, a cada niña que traían al prostíbulo las iniciaban en un rito. Encendían velas, formaban una estrella de cinco puntas y **sacrificaban un gallo**. Ellas se desnudaban y se untaban la sangre del animal. Acto seguido, sometían a las novatas a actos de bestialismo. El rito terminaba en una **orgía** de la que participaban las propias Valenzuela.

UN EXECRABLE CUADRO DE ODIO

Crímenes sin cuento en un campo de mujeres explotadas

(PÁGINA 1)



Remedo del Infierno

Los crímenes cotidianos, los hechos macabros, las atrocidades y más la esp
pueden ser la vida, los jóvenes que aparecen en la foto superior, algunos a uno de los
hermanos Valenzuela en cuyos brazos aparecen dos niñas, víctimas de
violencia y explotación sexual. En la foto de la derecha, Silvestre Sánchez Salazar,
uno de los protagonistas de estos crímenes, ahora preso en la cárcel de San
Juan de los Ríos, en la página 4 del periódico de Bogotá, marzo.



Repercusión en la prensa después del arresto de las hermanas Valenzuela.

Un año después, Catalina Ortega logró **escapar** del infierno de “Las Poquianchis”. Tuvo mucha suerte porque cuando llegó a la estación de Policía, los agentes con los que habló para denunciar lo que ocurría en los burdeles no estaban comprados por las hermanas.

Doce policías allanaron las propiedades de las Valenzuela. Lo que encontraron fue a jovencitas **desnutridas, golpeadas, violadas y quemadas**. Había cárceles donde las enviaban como castigo, cadáveres enterrados aquí y allá; trozos de carne listos para ser vendidos. “Las Poquianchis” fueron llevadas a prisión. Una multitud de campesinos, la mayoría padres de jovencitas que habían desaparecido desde hacía años, se reunieron para sacar a las Valenzuela y **lincharlas**. Eran más de 2000 personas. Los policías debieron trasladar a “Las Poquianchis” a la ciudad de Irapuato.

La acusación era, luego de los trabajos de exhumación en los alrededores del burdel y del rancho donde vivían y también en locales de diferentes ciudades donde habían estado, de haber cometido entre **60 a 100 femicidios** desde 1945 hasta 1964. Eran verdaderas **asesinas seriales**. Delfina, María Luisa, alias “Eva”, María del Carmen y María de Jesús fueron condenadas a 40 años de cárcel.

Delfina y Carmen murieron en prisión. María de Jesús salió de prisión por buena conducta y no se supo nada más de ella, y María Luisa o “Eva” murió en un manicomio.

Fuente y fotos: Gentileza TN